Pablo Wickham

EZEQUIEL

EL HOMBRE Y SU MENSAJE

CURSOS DE ESTUDIO BÍBLICO

EZEQUIEL: EL HOMBRE Y SU MENSAJE

Notas preliminares. Como se ha explicado en otros cursos de C.E.B., no es nuestra pretensión acometer un estudio profundo y exhaustivo de este libro, sino intentar dar al estudioso de la Biblia un "manojo de llaves" que le ayudarán a abrir sus tesoros y a seguir estudiando por su cuenta si así lo desea. Para este mismo fin hemos provisto una breve Bibliografía al final de estas Notas. Con todo, a pesar de la brevedad del tiempo disponible -10 clases-, no hemos querido rehuir ningún problema interpretativo de los muchos y difíciles que hay, ni pasar por alto ninguna sección, bien que a menudo ha sido necesario resumir la enseñanza principal.

Esperamos que el estudiante tome en serio su parte, que es, principalmente, familiarizarse con el texto del libro mediante varias lecturas seguidas, preferentemente en diferentes versiones, y memorizar sus principales divisiones, tan pronto como puede. De su fidelidad en esta etapa inicial dependerá el grado de aprovechamiento que podrá sacar de las Notas y de las clases orales.

Las Preguntas para el trabajo escrito o el coloquio correspondientes a cada clase aparecerán al final del libro.

Se empleará la Versión Moderna para el estudio, ya que, hasta la fecha, es la mejor disponible en castellano.

EZEQUIEL es un libro casi desconocido para muchos cristianos, aparte de algunos "pasajes favoritos", pero su importancia es extraordinaria para un entendimiento correcto de la revelación novotestamentaria, especialmente en lo que se refiere a esa religión personal o piedad que sin la ayuda de la Palabra y el

Espíritu de Dios es una mera quimera. Como en Jeremías, el mensaje del Nuevo Pacto en el que Dios actúa por su sola gracia para suscitar la respuesta de fe y obediencia que El espera de su pueblo, es el único remedio para el corazón humano averiado por el pecado, anticipando la enseñanza del Nuevo Testamento de la santificación progresiva en madurez y semejanza a Dios. También tiene una importancia grande para el estudio de la profecía y de la escatología (estudio de los últimos acontecimientos del mundo). Además, su repaso obliga a un ejercicio de algunos de los principios más controvertidos de la hermenéutica bíblica.

BOSQUEJO DEL CURSO

Lección	I.	Introducción (1ª parte) y 1:1-3:21 El llamamiento y la comisión de Ezequiel
Lección	II.	Introducción (2ª parte) y 3:22-7:27 Los primeros mensajes de juicio contra Jerusalén
Lección	III.	8:1-11:25 El pecado de Israel y su abandono por Jehová
Lección	IV.	12:1-17:24 Mensajes de juicio contra la nación y sus líderes
Lección	V.	18:1-21:32 "El alma que pecare, esa morirá"
Lección	VI.	22:1-24:27 La ciudad sanguinaria y su fin inminente
Lección	VII.	25:1-32:32 Profecías contra las naciones
Lección	VIII.	33:1-37:28 La restauración de Israel

Lección	IX.	38:1-42:20 Los últimos enemigos y la nueva Jerusalén
Lección	X.	43:1-48:35 El Señor en medio de su pueblo redimido

TABLA CRONOLOGICA COMPARATIVA

Fecha	Historia de Israel	Ezequiel
609	Muerte de Josías	
605	Batalla de Carquemis	
604	Accesión de Nabucodonosor al trono de Babilonia	
598	Joaquín, rey de Judá	
597	La deportación de Joaquín y otros líderes de Israel	Ezequiel entre los deportados (25 años)
593	La primera rebelión de Sedequías	El llamamiento de Ezequiel (1:2; 3:16)
592		La visión de la corrupción de Jerusalén y su juicio (8:1)
591		Una historia de rebeldía (2 :1)
589-8	Comienza el sitio de Jerusalén	Jerusalén la olla (24:1)
588	El faraón Ofra asciende el trono de Egipto	Profecía contra Faraón (29:1; 30:20; 31:1)
587	La caída de Jerusalén	
586		La noticia llega a Ezequiel (33:21) Profecías contra Tiro (26:1) y Egipto (32:1, 17)
585	El sitio de Tiro por los babilonios	

573		La última visión (40:1)
571		Egipto dado a Nabucodonosor por Dios en paga de sus servicios (29:17)
568	La invasión de Egipto por Nabucodonosor	
562	La muerte de Nabucodonosor y la liberación del rey Joaquín	
539	Ciro de Persia captura Babilonia	

Bibliografía.

Habla el Antiguo Testamento; S. Scultz, Publicaciones Portavoz

El Nuevo Comentario Bíblico, ed. Guthrie y otros, sección 'Ezequiel', por G. Beasley Murray, Casa Bautista de Publicaciones

**Ezequiel,* por Rodolfo Alexander, Publicaciones Portavoz

Comentario Exegético y Explicativo de la Biblia, ed. Jamieson, Faussett y Browne

Hombre hablaron de parte de Dios, por H. Ellison, Literatura Bíblica (en preparación)

*Muy recomendado.

Nota: Para los que leen el inglés hay abundante material y bueno, pero recomendamos sobre todo dos libros pequeños muy sustanciosos: *Ezequiel, el Hombre y su Mensaje,* por H. Ellison, Paternoster Press, y *Ezequiel,* por John Taylor, Tyndale Press, en este orden.

LECCION I

INTRODUCCION (primera parte)

I. EL PROFETA Y SU TIEMPO

El fondo histórico

Por medio de la TABLA CRONOLOGICA COMPARATIVA provista, podemos insertar la historia de Ezequiel en la de su tiempo (también servirá para refrescar la memoria de los que estudiamos hace unos años el libro de JEREMIAS, con cuyos últimos años de ministerio Ezequiel fue contemporáneo).

Transcurría ya la última etapa de la decadente reino del sur (Judá); ni las constantes advertencias de los profetas, ni los intentos de reforma religiosa del piadoso rey Josías pudieron desviar la nación apóstata del juicio que se cernía sobre ella. Como las demás naciones pequeñas de Palestina, cogidas entre las tenazas sucesivas de Asiria, Egipto y Babilonia, los cuales pugnaban por controlar la zona, Judá estaba a la merced de la política imperialista del día, y, desprovisto de su antigua fe en Jehová, el Dios del pacto, daba bandazos sin rumbo en medio de una creciente apostasía que amenazaba con anegar su existencia definitivamente.

Acontecimientos decisivos que precipitaron el fin fueron la caída de la capital asiria, Nínive, en 612, la muerte de Josías por los egipcios en 609, la batalla de Carquemis en 605 (que con la derrota aplastante del ejército egipcio dio la hegemonía a Babilonia) y las sucesivas deportaciones de los líderes de más relieve en 604 y 597 a la capital caldea. El último empujón a la catástrofe lo dio el rey/regente Sedequías cuando quebrantó su juramento de lealtad a Nabucodonosor, atrayendo sobre sí y su ya muy menguado reino una venganza terrible. Después de un asedio de casi

tres años, en 587 los babilonios lograron aplastar las débiles fuerzas defensoras, destruyendo la ciudad y el templo y matando sin piedad a los pocos supervivientes.

El hombre y su familia

Ezequiel, cuyo nombre significa 'Dios fortalecerá', nació probablemente en Jerusalén en el año 622, en el seno de una de las familias sacerdotales de la línea de Sadoc. Llevó el nombre de unos de los jefes de los veinticuatro cursos o turnos sacerdotales de los tiempos de David y Salomón (I Cron. 24:16). El hecho de que fue deportado juntamente con el rey Joaquín y otras personas destacadas del reino en 597 (II Reyes 24:8-15) y la deferencia con que le trataban contínuamente los ancianos de su pueblo, indica que venía de una familia importante (véanse 8:1; 14:1; 20:1). No se menciona su nombre fuera del libro.

El lugar del exilio

Ezequiel estaba casado y vivía en casa propia en Telabib, cerca de Nippur, un pueblo a unos 80 kilómetros al sur de la capital de Babilonia. Se juntaban allí el canal (no río) de riego llamado el Quebar o Quabar con el río Eufrates, y fue allí donde recibió su llamamiento al servicio profético, mediante la visión de la gloria del Señor. De haber quedado en Jerusalén, y si ésta no hubiera sido destruída, es muy probable que en aquel mismo año hubiese ingresado oficialmente en el cuerpo de sacerdotes en activo, para lo cual seguramente había sido preparado por un entrenamiento largo y riguroso, pero Dios le llamó a un servicio muy distinto, mucho más comprometido. (Nota: no podemos estar seguros que los sacerdotes comenzaban a funcionar oficialmente a los 30 años, ya que hay discrepancias evidentes entre Núm. 4:3; 8:24: I Crón. 23:3 y 24, y el Talmud no especifica esta punto, pero el hecho de que Jesús comenzó su ministerio público a esa edad (Luc. 3:23) puede ser significativo en este sentido.)

Los exiliados en Babilonia

No hemos de pensar que los exiliados eran unos prisioneros de guerra o unos esclavos, sino unos súbditos forzosos de Nabucodonosor que, siendo molestos para él, habían sido trasladados a otra parte de sus dominios, lejos de su patria, según las costumbres de aquel entonces. El rey Joaquín sí que se hallaba encarcelado (Jer. 52:31), aunque es de suponer en unas condiciones relativamente benignas, pero los demás disfrutaban una gran libertad, excepto que no podían viajar muy lejos. Se ve que no se hizo ningún esfuerzo por parte de los vencedores de destruir el sentimiento nacional de los vencidos, ya que no sólo vivían en sus propias casas, con sus familias, y tenían negocios, etc., sino que eran gobernados (probablemente sólo en asuntos religiosos o sociales) por sus propios ancianos. Había profetas entre ellos también, como vemos por el libro de Jeremías, aunque la gran mayoría de éstos eran falsos.

La personalidad de Ezequiel

Ezequiel es un personaje extraño. Evidentemente era un visionario, probablemente excéntrico, como tantos otros de sus colegas proféticos. Pero no podemos dar crédito a críticos que le han calificado de 'loco', 'cataléptico' o aun 'esquizofrénico', máxime cuando estas 'diagnoses' atrevidos proceden casi siempre de personas que no quieren aceptar el elemento sobrenatural en las revelaciones y conducta extrañas de los profetas. Con todo, los fenómenos 'raros' que observamos en Ezequiel caracterizan más la primera mitad del libro, cuando era necesario llamar la atención de su auditorio de formas inusitadas ya que eran rebeldes a sus mensajes orales. Ezequiel estaba dotado de una imaginación muy poderosa y gran fervor religioso -casi fanatismo, dirían algunos, quizá- y era además amante de todo el rico simbolismo sagrado con que había estado rodeado desde su niñez. Se ve que tomaba muy en serio las exigencias más minuciosas del sacerdocio, y que conocía 'al dedillo' todas las responsabilidades de su profesión.

El ministerio de Ezequiel

Este se divide claramente en dos partes: a) hasta la destrucción de Jerusalén (caps. 1-33) y b) después de ese evento, hasta por lo menos el año 570 (véase 29:17), unos 22 años en total. Fue enviado por el Señor a los exiliados entre los cuales vivía (aunque hay otras opiniones contrastadas sobre este punto, como veremos a bajo 'Los destinatarios'), siendo sus tareas principales convencerles de la justicia divina del juicio tan severo que había de caer sobre Jerusalén y prepararles a ellos para ser el núcleo, o remanente fiel, de la nación renovada que había de volver a su tierra más tarde. No pudo comenzar con esta segunda faceta hasta que la primera no se hubiese terminado; se había de demostrar de forma clara cuales eran los principios divinos que exigían la destrucción de Jerusalén y la dispersión total de la nación. Como escribe Ellison: "El orden antiguo había de demostrarse caduco para siempre, a fin de preparar un porvenir diferente".

Pero, ¿por qué pasar tanto tiempo, y con tanta diversidad de medios, para aclarar esto a los exiliados que estaban lejos del escenario final del drama? La razón es sencilla. Como se ve en Jeremías cap. 24, el remanente en Jerusalén achacaba la derrota anterior y la deportación de los exiliados con el rey Joaquín a la maldad de éstos. Es muy probable, además, que los mismos exiliados pensasen igual, tal era la fe ciega que había en toda la nación en la invulnerabilidad de la 'ciudad santa'. A los ojos del judío medio, vivir lejos de Palestina era cuando menos una desgracia, por lo que era necesario que primero Jeremías, en Jerusalén, y luego Ezequiel, en Babilonia, corrigiesen el fatal malentendido. Jeremías anunció que, lejos de ser una desgracia el exilio, había sido un acto de la gracia y no del juicio divino, pero tal punto de vista, acompañado por exhortaciones que sonaban a 'antipatrióticas', de entregarse al rey de Babilonia, fue difícil de aceptar, y más, cuando había profetas tan 'cualificados' o más que Jeremías (desde el punto de vista de prestigio popular) que anunciaban un pronto retorno de los vasos del Templo y de los exiliados a Jerusalén. Por eso, era necesario que Ezequiel insistiese una y otra vez que había de ser los del exilio, no el remanente rebelde en Judá, que Dios bendeciría. Para los rebeldes sólo pudo vaticinar juicio, y no cambió esta nota sombría hasta que llegó a sus oídos el anuncio fatídico del catástrofe por boca de uno de los fugitivos, que le dio la razón ante el pueblo (cap. 33).

Así, con el tiempo se dio la razón al profeta, y cuando todas las instituciones sagradas de la nación habían quedado deshechas completamente, algunos exiliados comenzaron a prestarle atención, preparando de esta manera el camino para la vuelta de cierto número de ellos después de terminarse los sesenta años profetizados por Jeremías, dispuesto a comenzar la reconstrucción nacional.

Los destinatarios del mensaje de Ezequiel

Lo que acabamos de bosquejar arriba es la opinión tradicional, cuya evidencia, a pesar de esfuerzos modernos para invalidarla, sigue siendo de más peso que ninguna. Pero no es la única, ni siquiera entre eruditos evangélicos, principalmente porque para muchos parece absurdo e increíble que un profeta proclamase su mensaje, al parecer, a unas personas que se hallaban a más de 1.100 kms. de distancia a través del desierto. Los que impugnan la posición tradicional, pues, creen que los caps. 4-24 fueron pronunciados en la misma ciudad de Jerusalén en vez de en Babilonia, alegando para ello no sólo lo inverosímil del ministerio babilónico, sino la extraordinaria vivieza y detalle de las descripciones locales y del asedio (v.g. 11:4-9, 13, etc.), que ellos mantienen sólo podrían darse en el caso de un testigo ocular (5:2; 12:2; 20:30 y ss.).

Pero hay razones poderosas que hacen frente a tales objecciones. El que un profeta dirige un mensaje no a las personas directamente interesadas sino a otras tiene el precedente de pasajes como Jeremías 45-51 y Eze. 25-32,

donde los mensajes a las naciones fueron dirigidos no a ellas, sino a los israelitas, para alentarles y demostrar que Dios vencería a todos sus enemigos, aun los más fuertes. Además, la tesis moderna exige unas alteraciones en el texto y el orden de los capítulos en cuestión que, en vista del cuidado exquisito que puso el profeta en la estructura tan coherente de su escrito, es poco plausible. Otra razón de peso para no aceptar la tesis moderna es el silencio completo que tanto Ezequiel como Jeremías guardan el uno respecto del otro. Aunque es extraño de todos modos, se explica si los dos nunca se conocieron por la distancia que les separaba, pero postular lo mismo si Ezequiel hubiese pasado varios años en Jerusalén, es poco menos que imposible. Alguna mención habría en alguna parte. Tampoco es probable que los babilonios hubiesen dejado volver a un miembro de una casa sacerdotal importante a su país natal, donde podría trabajar en contra de los intereses de ellos.

Relación de Ezequiel con Jeremías

Para intentar explicar el desconocimiento mutuo manifestado en los escritos de los dos profetas, algunos eruditos han sugerido que eran enemigos, pero sobre esto no existe evidencia alguna. No era tan extraño que dos -o más- profetas contemporáneos no se comunicasen; había precedentes para ello en el siglo octavo, cuando Amós, Oseas, Isaías y Miqueas ejercían su ministerio por separado. Pero como pasa en los casos citados, aunque no existe evidencia específica de una colaboración personal, sí que en ambos libros hay varios pasajes y temas paralelos o muy similares que indican algún grado de conocimineto de sendos ministros. Es probable que Ezequiel recibiese más de Jeremías que viceversa, sin embargo. Examinaremos este asunto con algo más de detalle en la sección 'La enseñanza del libro', en la Lección II).

EL LLAMAMIENTO Y LA COMISION DE EZEQUIEL

1:1 - 3:21

El lugar y el momento, vv.1-3

Notemos la precisión con que data su experiencia (la mano editorial sólo puntualiza lo que él dice), y cómo la inserta en la historia contemporánea de su pueblo. Sucedió en el año 592 a.C., en determinada fecha: día, y año. Ezequiel no estaba solo; quizá los que le acompañaban pudieron ser testigos de algo de su experiencia, como pasó en el caso de la conversión del Apóstol Pablo, o en el bautismo de Cristo, pero sólo parcialmente en cuanto al alcance verdadero de la visión. Esta solidaridad, aunque mínima, sería una ayuda cuando tenía que explicarles luego a los mismos y a otros lo que el Señor le reveló.

Dios, como siempre, toma la iniciativa; se ve que Ezequiel no estaba esperando esta revelación. Hay cuatro frases que conjuntamente subrayan su significado: a) "fueron abiertos los cielos" (v.1), es decir, la voz profética iba a sonar de nuevo y esta vez a los exiliados desalentados (comp. Sal. 137, por su actitud probable); b) recibió "visiones de Dios", una revelación más profunda de su carácter, no sólo de sus propósitos; c) "tuvo revelación expresa de Jehová" (v.3, V. M.). Cuando Dios habla, habla claro, sin ambages; es el Dios del pacto, además, que comienza a actuar de acuerdo con sus promesas; d) "estuvo allí sobre él la mano de Jehová" (v. 3). El hombre requiere fuerza especial de parte del Espíritu de Dios para poder recibir tal revelación (comp. 2:1; 3:22; Dan. 8:17,18; 10:7-10,17-18).

La visión de la gloria de Dios, vv.4-28

No hemos de pararnos en los detalles simbólicos de la visión, sino en su escenario y rasgos principales. Fue ante todo una revelación del carácter del Dios de Israel, el Dios del pacto y de la gloria, el mismo que

se había revelado a Abram, a Moisés y a Isaías, y a tantos más. Es el Dios todopoderoso, único y sublime, omnipresente, que tiene bajo sus órdenes al universo entero y es Soberano de la historia. No hay dios que pueda enfrentarse con El; por eso venía del norte, del lugar de los dioses de la omnipotente Babilonia, como si hubiese vencido a todos ellos.

El corazón de la visión es el mismo que vio Juan el Apóstol: Uno sentado en el trono, con "semejanza de hombre", característica de todo el libro que se ve en el título doble de Jehová Adonay o "Soberano Señor", y es Este que le habla directamente al final, sin la mediación de ángel alguno (v. 28).

Parece que los querubines o seres vivientes, que reaparecen en el Apocalipsis, son guardianes de su trono representando todas las fuerzas principales de la Creación.

Las ruedas que bajaban al suelo y se movían en todas las direcciones sugieren la íntima conexión que mantiene el gobierno del cielo sobre toda la tierra; los ojos con que estaban cubiertos, la eterna vigilancia divina (comp. Zac. 4:10).

La mano de Jehová sobre Ezequiel, 2:1-3:27

La mano, el Espíritu y la palabra de Jehová son conceptos prácticamente sinónimos en esta sección, que narra el llamamiento del profeta y su comisión como resultado de la visión. Para recibir su llamamiento hacía falta toda la dignidad y poder de su humanidad (de ahí que es llamado "hijo de hombre", que no tiene nada que ver directamente con el título preferido que el Señor aplicó a sí mismo, y que indicaba su mesianidad más que su humanidad verdadera, véase curso C.E.B. "La Persona de Cristo", Estudio VI). Por eso tuvo que ponerse de pie, como todos los siervos de Dios, listo para cumplir las órdenes que se le iban a dar. Como bien dice Ellison, "ver a Dios...es ser transformado"; es mucho más que una mera iluminación o nuevos conocimientos intelectuales acerca de El. Y es transformación según su voluntad, y para llevar ésta a efecto (vv. 1-2).

Los destinatarios del ministerio de Ezequiel, vv. 3-5. Las versiones corrientes nuestras no dan el sentido del hebreo, que es plural: "naciones rebeldes", calificativo que sugiere que los exiliados procedían de ambos reinos y que el propósito divino era reunirlos (Véase cap. 36). Notemos que son rebeldes y "duros de corazón", igual que habían sido sus padres. Estas expresiones constituyen un constante del libro. Damos por sentado, después de la discusión en la Introducción, que el ministerio de Ezequiel fue dirigido exclusivamente a los del exilio.

El profeta ha de hacer caso del aviso también, vv.6-8a. Si no, no podía ministrar a los demás. Es otro constante del ministerio de Ezequiel, como lo fue de Jeremías. "Temerles" sería claudicar y ser como ellos:un rebelde. Como veremos después, otro aspecto de esta identificación íntima con el mensaje que lleva se simboliza por la ingestión del rollo.

La recepción del mensaje, 2:8b-3:11. De nuevo, notemos la acción de la mano de Jehová, suministrando las palabras y fortaleciendo la boca de su siervo para que sea portavoz suyo. De acuerdo con esta primera parte del ministerio, el rollo estaba lleno (no había lugar para añadiduras humanas) de "endechas, lamentaciones y ayes"; es decir, el juicio y sus consecuencias, que implicarían sufrimiento y muerte. Notemos que el llamamiento es más prolongado que el de otros profetas (comp. Jer. 1:1 y ss., Isa. 6:1 y ss.). Hay todo un proceso de asimilación y adaptación que no culmina con una comisión clara para ser atalaya hasta el 3:16, varios días después. Ellison sugiere que la condición sacerdotal de Ezequiel, y su concepto de la trascendencia de Jehová hacía más difícil el poder acostumbrarse a la cercanía del Dios que le enviaba, y precisaba este proceso.

El impulso del Espíritu al comienzo de su ministerio, 3:12-15 (comp. Luc. 4:1, etc.). Nótese que el servicio tiene que comenzar con a) la adoración, vv.12-13, o sea,

un reconocimiento de Quien es El que envía; b) el poder del Espíritu = la mano de Jehová, "fuerte sobre mí" v.14; c) una plena identificación con el mensaje, sea cual sea su carácter: Ezequiel fue con "amargura (y) en el encono de (su) espíritu", y "atónito", poniéndose en el lugar del Señor y sintiendo como El sentía la tragedia de la situación; d) una plena identificación con los destinatarios del mensaje: "se sentó con los de la cautividad siete días". Los siete días tienen un simbolismo doble: son simbólicos del tiempo reglamentario de luto estipulado por la Ley, comp. Gén. 50:10; Núm. 19:11; Job 2:13, porque el "viejo" Ezequiel ha muerto; ha entrado en él el Espíritu de Dios, pero tiene que esperar hasta que pase el período de "impureza ceremonial". Pero al mismo tiempo eran siete los días para la consagración de un sacerdote (Lev. 8:33), y los pasa identificado con el pueblo a quienes ha de llevar su mensaje.

La comisión de Ezequiel como atalaya para Israel, 3:16-21. No abundan referencias al ministerio profético bajo esta figura, aunque hay algunas, Isa. 21:6; 52:8; 62:6; Hab. 2:1; Jer. 6:17. Pero es muy apropiada al cuidado "pastoral" que había de ejercer el joven sacerdote, no sólo entre el pueblo en general, sino frente al individuo. Correspondiendo a las dos partes de su ministerio, hay una comisión al principio, y se renueva a ésta al iniciarse la segunda etapa (33:1-9).

LECCION II

INTRODUCCION (segunda parte)

II. EL LIBRO DE EZEQUIEL

Autor, fecha y unidad literaria

Al principio del siglo II a.C. el libro se encontraba en el canon del rabino Ben Sira (Eclesº 49 :8), pero luego hubo oposición a su inclusión por parte de los fariseos en el primer siglo d.C. Las razones principales fueron tres: a) que la excesiva crudeza del lenguaje y de las metáforas del cap. 16 eran una ofensa a la moral; b) que las visiones de Dios se prestaban a especulaciones teosóficas peligrosas; c) algunos detalles sustanciales de los caps. 40-48 eran contrarios a la Ley de Moisés, que en la época referida ya se consideraba intocable. Según el Talmud, debido a los desvelos del erudito rabino Ananías ben Ezequías, de quien se dice que quemó más de trescientas vasijas de aceite en el estudio del asunto, por fin se admitió el libro en el canon farisaico, aunque todavía con reservas, hasta tal punto que se llegó a decir que ¡las discrepancias entre Ezequiel y el Pentateuco eran tales que sólo podrían ser explicados satisfactoriamente cuando viniese el profeta Elías (Mal. 4:5)!

A partir de este momento, con muy pocas excepciones el libro fue aceptado universalmente como obra de Ezequiel y fechada en la época que manifiesta. Pero en los años veinte de este siglo, la cuestión se abrió de nuevo y ha habido mucha controversia, creyendo muchos que o Ezequiel no podía ser el autor, por fecharse, según ellos, en otra época, o que sólo podía ser autor de parte del libro. Algunos le niegan hasta el 90% del contenido, mientras que otros, en el extremo opuesto, ¡opinan que posiblemente fue autor de todo menos un diez por ciento! Entre estas dos posiciones hay o-

piniones para todos los gustos. Casi todos postulan alguna inserción editorial, o que el escrito es seudo--epigráfico (escrito por otro que utilizó el nombre de Ezequiel).

Ya hemos visto que en parte el problema grave con que tropiezan muchos eruditos radica en la identidad de los destinatarios; algunos tratan de "explicarlo" postulando una fecha mucho más temprana, otros una más tardía, con lo que se crean a sí mismos problemas mayores. La gran variedad de opiniones expresadas ha tendido a anularse mutuamente, y hoy en día, después de más de 50 años de controversia, se ha vuelto a aceptar en líneas generales la tesis tradicional. Esta fue expresado sucintamente por J. Skinner a fines del siglo pasado: "Ni la unidad ni la autenticidad de *Ezequiel* han sido cuestionadas salvo por una minoría muy pequeña de eruditos. No sólo lleva la impronta de una sola mente en el lenguaje que emplea, en su simbolismo y su manera de pensar, sino que está ordenado según un plan tan perspicaz y tan comprensivo que las evidencias de intencionalidad literaria en su composición llegan a ser irresistibles" (citado por H. Ellison, del *Hastings Dictionary of the Bible*).

En apoyo de lo que aquí se afirma, se puede notar que aparte de los dos vv. que encabezan el escrito, todo el resto es autobiográfico, escrito en primera persona, y que el retrato personal del protagonista, con sus rasgos peculiares, se asoma por todas partes.

Todo esto apunta a una clara unidad literaria en todo el escrito, obra de un solo autor. El desarrollo es lógico, jalonado por un sistema coherente de fechas que se han confirmado históricamente por ciertas alusiones a la historia contemporanea, especialmente en las referencias al rey Joaquín y las profecías a las naciones. Y el mensaje del libro, con sus dos divisiones principales, es consistente con esta unidad (véase abajo, "La enseñanza del libro").

También observamos una manifiesta uniformidad de lenguaje y estilo, con frases típicas que recurren con

frecuencia (véase abajo, "El lenguaje del libro").

La estructura y contenido

La serie de fechas que jalonan el libro que mencionamos arriba -1:2; 8:1; 20:1; 24:1; 26:1; 29:1,17; 30:20; 31:1; 32:1; 40:1- aparecen en un orden cronológico estricto (salvo las de los caps. 25-32) e indican las divisiones principales. Ningún otro profeta muestra tal estructura formal en su libro, aunque Ageo y Zacarías, quizá por la influencia de Ezequiel, tienen algunos similitudes con el que estamos considerando. Dentro de las divisiones principales que indicamos abajo, es de notar que los oráculos no son tan cortos como los de profetas anteriores; en su mayoría son discursos largos. Esto es quizá porque Ezequiel tenía un auditorio asegurado casi siempre (a pesar de una oposición inicial) y pudo dedicar más tiempo al anuncio oral. Es interesante compararle en este punto con su contemporáneo Jeremías, quien por la persecución de que fue objeto constantemente, tenía que emplear oráculos más cortos, aprovechando auditorios pequeños o grupos de curiosos a las puertas del Templo o algún otro lugar de concurso público.

El contenido se divide fácilmente en tres partes: 1) los caps. 1-24, que después de una breve introducción contienen profecías de juicio contra Israel; 2) caps. 25-32, que son profecías acerca de algunas naciones circundantes (una sección parecida a Isa. 13-23, Amós 1-2 y Jer. 45-51); y 3) profecías de la restauración y bendición futura de la nación, en su tierra y con su culto restablecido. Algunos expositores subdividen esta tercera división en dos partes, 33-39 y 40-48, en vista de que fueron escritas en fechas distintas, con un intervalo de trece años, y probablemente no fueron unidas hasta más tarde, por algún editor. Josefo el historiador dijo que Ezequiel había escrito dos libros, que bien podría referirse a los caps. 1-39 por una parte, y 40-48 por otra. Con todo, la relación entre ambas es tan estrecha, que su complementaridad salta a la

vista.

El punto decisivo del libro se halla en 33:21, cuando la llegada del fugitivo de Jerusalén confirma todo lo que el profeta había estado diciendo, y su renovada comisión como atalaya señala que una etapa del ministerio había comenzado. A partir de entonces, mira hacia el futuro, hacia la tarea de reconstrucción nacional que ha de comenzar con los exiliados. Este es el tema que ocupa especialmente los caps. 33-37 -que corresponden al llamado "libro de esperanza" de Jeremías 30-33- prediciendo la restauración de la nación en la época mesiánica. Es extraño, quizá, que se vuelve a hablar en los caps. 38 y 39 de enemigos que irrumpirán después de establecida esa paz mesiánica, pero como veremos hay razones poderosas para ello, sea cual sea "la escuela" de interpretación escatológica que preferimos cada uno.

Los caps. 40-48 son el producto de una mente piadosa que había meditado largamente sobre el culto que había de ofrecer Israel a su Dios en "la edad de oro" mesiánica que se anunciaba. Nos recuerda que Ezequiel era sacerdote además de profeta, combinando en su persona dos de las tres corrientes principales de la tradición religiosa de Israel. Como bien escribe G. Beasley Murray en el Nuevo Comentario Bíblico, pág. 499, "En una tierra purgada de impurezas se establecerá la adoración ideal, en un templo ideal, para que la ponga en práctica un pueblo ideal".

La enseñanza del libro

Escribe H. Ellison que "Como los escritos de todos los profetas, (*Ezequiel*) no es un manual de teología, (sino) la palabra de Dios a un remanente en el exilio que se encontraba moralmente destrozado por haber experimentado lo que los teólogos de aquel entonces habían pronunciado imposible" (cita del *New Bible Dictionary*, pág. 407, art. sobre *Ezequiel*). Por esta razón, no hemos de esperar una presentación formal de postulados teológicos, y nos limitaremos a señalar algunos rasgos y temas característicos del libro.

El lenguaje usado. Algunas frases características que manifiestan los énfasis más importantes son: "la mano de Jehová", "contaminar mi santuario", "la gloria del Dios de Israel (Jehová)", "Yo Jehová lo he hablado y lo cumpliré" (49 veces), "manifestaré y vindicaré mi santidad (o Nombre)", "son casa rebelde", "sabréis (o sabrán, conocerán) que yo soy Jehová" (66 veces),"como Yo vivo, dice el Señor" (15 veces), "Yo os dispersaré entre las naciones y los países", "Yo os recogeré de todos los países", "derramaré mi ira sobre vosotros", (16 veces), "la palabra de Jehová vino a mí" (49 veces).

Los métodos empleados. Como hemos mencionado ya, el libro contiene mucha enseñanza oral, en la forma de discursos, teniendo Ezequiel un auditorio preparado algo así como algunos predicadores conocidos de nuestros días. Tiene que declarar, anunciar o hablar lo que Jehová le ha revelado, sea por medio de una visión, como en los primeros y últimos capítulos, sea una alegoría (16:2-3), un enigma o parábola (17:2-3), una endecha, (26:15-18; 27:2-3) o simplemente un oráculo.

Otro método, empleado especialmente durante su período de mudez, fueron las acciones simbólicas que llamaban la atención y revelaban de forma gráfica el mensaje (véanse los caps. 4-5, 12, 37:16-17, etc.).

Pero el simbolismo en *Ezequiel* va más allá de una simple enseñanza gráfica. De hecho, la riqueza de este elemento en el libro constituye una característica importante que abre el camino para el llamado género apocalíptico que floreció después, en los libros canónicos de Daniel, Zacarías y el Apocalipsis de Juan, y en los apócrifos y extrabíblicos del período intertestamentario. Dice G. Beasley Murray en el *New Bible Dictionary*, pág. 666: "*Ezequiel* es el puente entre la profecía propiamente dicho y la literatura apocalíptica". El simbolismo en *Ezequiel* impregna todo lo que el profeta era y hacía, factor que hay que tener en cuenta a la hora de procurar entender su mensaje. Y más es así hoy en día, cuando en general el simbolismo, -

parte tan consustancial con los pueblos antiguos, cuenta para tan poco en la vida moderna, aparte de algún rasgo aislado como el de la bandera, la corona, etc.

La relación del libro con otros. a) Hay evidencias internas de que Ezequiel conocía el Pentateuco muy bien; habla del Edén, de la destrucción de Sodoma, de la "tierra que fluye leche y miel", etc. Esto suscita importantes cuestiones de crítica textual que no podemos tocar aquí. También hay unos diez casos de pasajes similares al libro de Daniel y unos treinta que muestran su influencia sobre el Apocalipsis de Juan. b) Los casos de semejanza con el libro de Jeremías son también numerosos (unos veinte), como mencionamos arriba. Destacamos a continuación los más importantes.

1) Los dos profetas son solidarios en su condena del pecado de Jerusalén y el juicio inevitable que había de caer sobre ella.

2) Ambos insistían en que el futuro, bajo la mano de Dios, dependía exclusivamente de los exiliados, no del remanente rebelde que quedaron en la ciudad hasta su destrucción.

3) Ambos rechazaron el fatalismo implícito en el proverbio popular acerca de "los padres que comían uvas agraces y los hijos que padecían la dentera", enfatizando la responsabilidad del individuo ante Dios (véase abajo).

4) Ambos esperaban un exilio largo, seguido por una restauración.

5) Ambos anunciaron un Nuevo Pacto que transformaría a cada individuo del Israel restaurado interiormente y de forma personal y permanente.

6) Los dos denunciaron los profetas falsos que engañaban al pueblo y estorbaban los propósitos divinos.

El énfasis sobre la trascendencia divina. En este punto Ezequiel contrasta con Jeremías, quien, a través de experiencias dolorosísimas, llegó a comprender la inmanencia de Jehová y cómo El sufría en todo lo concerniente a su pueblo. Para Ezequiel, Dios está fuera, más allá de lo creado, aunque lo dirige y ordena. Se subraya su santidad, su majestad y su gloria, siendo esta última faceta la clave de todo el libro para algunos expositores (véanse especialmente las visiones de los caps. 1 - 3, 8 - 10). Hay muchas referencias al Nombre de Jehová, que no ha de ser profanado (v.g. 20:39); El actuará para que esto no pase (20:9,14,22,44; 36:20, etc.). Por esto, Israel había de aprender que la omnipotencia divina no podía ser limitado o frustrado por la debilidad o fracaso de ellos; sus propósitos han de cumplirse en base a su fidelidad a su misma naturaleza santa, por medio de su palabra y su pacto. No hay nada ni nadie que lo puede coger por sorpresa.

Pero es necesario aclarar que la trascendencia o santidad de Dios tal como Ezequiel la entiende no es una cualidad moral solamente, sino una relación que ha de guardarse entre Dios y su pueblo. Por esa razón, la pureza ceremonial tiene tanto relieve en el libro, porque expresa esta relación cuyo propósito es servicio, adoración, testimonio, mut a tono con la visión de un sacerdote. Las visiones de la gloria divina incrementaban el sentido de reverencia y santo temor ante Jehová, el Dios del pacto, siendo mayor consuelo al profeta por cuanto tuvieron lugar fuera de las fronteras de la tierra de Canaán. Como tal preparaban el camino para una comprensión menos limitada y menos "nacionalista" del carácter del Dios-Creador.

El concepto de la adoración es "materialista", de acuerdo con el carácter "sacerdotal" del enfoque del escritor. Eso no quiere decir que no sea espiritual, sino que se concreta mediante los símbolos externos de los ritos y sacrificios, pero libre de toda idolatría, que fue el gran pecado de Israel hasta el Exilio babilónico. Así, la profanación del Templo se concibe como un pecado terrible en vista de la majestad trascendental (caps. 8-10) y véanse también su referencia a la ley ceremonial (4:14) y su minuciosidad en cuanto a las vestiduras de los sacerdotes (44:17-19).

El pecado de Israel. El libro contiene varias alegorías que describen la infidelidad del pueblo a su Dios (16:1-63; 20:1-31; 23:1-49). Se denuncian asimismo las prác-

ticas idolátricas en el cap. 8. Porque Dios es santo (trascendente), el pecado mayor es la profanación o el sacrilegio, concepto que ocurre con frecuencia (véanse frases características arriba, 'El lenguaje usado'). Por lo tanto, se mencionan poco los pecados sociales que tanto fustigaban Amós, Miqueas, Isaías, y aun Jeremías.

El Juicio de Dios. Como hemos visto en "La estructura y contenido del libro", la nota de juicio se destaca primordialmente en la primera parte del libro. Por eso, la figura del atalaya es singularmente apropiada. Nótese también la frase típica "Yo he hablado y lo haré" (v.g. 12:28; 17:24; 22:14; 24:14; 36:36; 37:14, etc.).

La responsabilidad del individuo ante Dios. Sin lugar a dudas, esta es la doctrina principal que nos entrega Ezequiel, expresada lapidariamente en la frase, "El alma que pecare, esa morirá" (caps. 18 y 33). Ya notamos que este énfasis es compartido con Jeremías, aunque en el libro de éste se subraya más la religión o piedad personal, mientras que en *Ezequiel* es la responsabilidad personal. De ahí la nota 'evangelística' de 18:30-32, y el cap. 33, es decir, la responsabilidad de avisar o tros de su peligro para que se arrepientan y vuelvan a Dios. Esta responsabilidad individual se ve como otra faceta de la doctrina del remanente, v.g. la misericordia expresada con la marca en la frente (9:4) enlazando con el énfasis posterior sobre la necesidad de la regeneración y la santificación, del cap. 36:17-18, etc. Así se destaca un aspecto importante del mensaje de Dios a los hombres que, siguiendo la enseñanza iniciada por Jeremías (31:31), el Nuevo Pacto, prepara el terreno para el Nuevo Testamento.

La promesa de restauración. Salvación para el individuo se relaciona con la comunidad salva (cap. 37) y un pueblo unido, no dos naciones (36:17). El énfasis individual da paso al reino mesiánico con todas sus bendiciones universales. Pero notemos que la promesa de restauración no depende ni siquiera del arrepentimiento del pueblo, sino de un acto previo de la gracia de Dios que les lleva a ello (36:16-32). Esto es sólo posible por-

que el "amor leal" de Jehová, el del pacto, no está condicionado a nada fuera de su propia naturaleza de amor, pudiendo provocar por pura gracia en el pecador ese amor correspondiente que le lleva a éste a volver a Dios en arrepentimiento y fe. Por esto, la relación del individuo con su Dios no puede depender de su familia pasada, ni de su experiencia, sino de su relación personal con el Dios del pacto.

La escatología. Se observa un avance en la revelación sobre el seol o Hades (lugar/estado de los que han muerto), v.g. 31:14; 32:18-32; 37:12-14 (aunque en este último caso más bien simbólico). Se mira hacia el futuro, al "día de Jehová venidero" (7:2-6; 12:21-25; 21:25-32, etc.), aunque aparte de los caps. 38-39, su cumplimiento se cifra más en la caída de Jerusalén que en acontecimientos posteriores.

Las profecías del reino mesiánico también miran hacia el futuro, reflejado en los cpas. 33-37 y la visión de los cpas. 40-48. Si no fuera por los caps. 38 y 39, que indican claramente que ha de librarse una última batalla antes de la inauguración de la era mesiánica en su plenitud, sería más lógico interpretar la visión de los últimos caps. en sentido idealista solamente, pero en buena exégesis no creemos que esto deberá hacerse, habiendo de concederlos algún grado de profecía todavía no cumplida. El libro termina, pues, con el triunfo de Jehová sobre todos sus enemigos, llevado a cabo "por amor a su Nombre" y sin depender para nada del pueblo, que son objetos de su gracia y amor en condiciones de perfecta paz, santidad y orden. La última frase del libro, "El Señor está allí" (Jehová Samá), resume toda la actuación divina y pone un broche de oro a su mensaje a la vez solemne y consolador. Dice John Taylor, resumiendo el papel del profeta, que "éste combinó en forma única el sentido del carácter santo de Dios que tiene el sacerdote, el sentido de gravedad del mensaje encomendado a él, del profeta, y el sentdio de responsabilidad por su rebaño que tiene el pastor". Y, como otro ha dicho, es el "profeta pastoral" por excelencia.

Ezequiel y el judaismo pos-exílico

Mencionamos antes como *Ezequiel* anticipa y abre camino a la literatura apocalíptica posterior. Constituye un enlace o puente entre dos épocas: la de los profetas que le precedieron y la de los escribas del judaismo posexílico, compartiendo características de ambas. Por un lado, muy al estilo profético "clásico", vaticina los juicios divinos, denuncia el pecado de la idolatría (8:10 y ss.) y la fornicación espiritual que es su símbolo (16:15, 25 y ss.), a los falsos profetas (12:22 y ss., 13) y las alianzas políticas con Egipto, pero por otro, es un sacerdote y un teólogo. Por esta razón ha recibido el título, no del todo apropiado, del "Padre del judaismo".

Como ya notamos, su influencia en la segunda parte de su ministerio fue considerable. Muchos de los aspectos más positivos del judaismo posterior lo acusan. Por ejemplo, el impacto idealista de los caps. 40-48, con su énfasis marcado sobre la santidad divina y una clara línea de separación entre lo sagrado y lo profano, sobre lo mejor del movimiento farisaico contribuyó a proteger el testimonio de la nación dispersa intacto, y libre de toda idolatría, aun cuando los elementos concretos de la visión nunca fueron utilizados como modelo para la reconstrucción del Templo.

Sin embargo, en varios aspectos la enseñanza de Ezequiel fue mal interpretado y peor aplicado por sus seguidores. Por ejemplo, el hecho de que se ocupara casi exclusivamente de Israel sin apenas mencionar a otras naciones -muy al contrario del énfasis tan universal de la segunda parte del libro de Isaías- preparó el camino al exclusivismo farisaico, que era una pura caricatura de su enseñanza. Luego, el cuadro que pinta de una adoración externa, ritual, detallista, - fue malentendido también, olvidándose que su simbolismo sólo era reflejo de una realidad relacional, más profunda y personal. Lo peor quizá de las deformaciones que sufrió su influencia fue en la cuestión de la

separación entre lo profano y lo sagrado que desembocó en aquella lamentable aberración de "la pared intermedia de separación" entre judíos y gentiles, tan contraria a la mente divina.

Pero por supuesto, no podemos culpar a Ezequiel por esas equivocaciones, y pese a ellas, no hay duda de que él fue, bajo la mano de la providencia divina, uno de los máximos responsables de haber mantenido viva la llama de la fe entre los exiliados, que, debido a las condiciones adversas entre las que se debatían, de otra manera se habría extinguido por completo.

EL ANALISIS DEL LIBRO

A. Introducción, 1:1-3:21 El llamamiento y la comisión de Ezequiel.

B. Profecías de juicio antes de la caída de Jerusalén, 3:22-24:27
   1. Los primeros mensajes, 3:22-7:27
   2. El pecado de Jerusalén y su abandono por Jehová, 8:1-11:25
   3. Profecías contra Jerusalén, 12:1-23:49
   4. El juicio es inminente, 24:1-27

C. Profecías contra las naciones, 25:1-32:32
   1. Contra algunas naciones vecinas, cap. 25
   2. Contra Tiro y su príncipe, caps. 26-28
   3. Contra Egipto, caps. 29-32

D. Profecías de restauración, 33:1-48:35
   1. La comisión de Ezequiel renovada (la crisis), cap. 33
   2. La restauración de Israel, caps. 34-37
      a. El liderato renovado, cap. 34
      b. La liberación de la tierra y del pueblo, caps. 35-36
      c. La restauración espiritual de Israel, cap. 37
   3. Los últimos enemigos vencidos, caps. 38 y 39

4. El pueblo redimido y en paz, caps. 40-48
   a. El santuario, caps. 40-43
   b. El culto, caps. 44-46
   c. El río de vida, 47:1-12
   d. La tierra y la ciudad, 47:13-48:35

LOS PRIMEROS MENSAJES DE JUICIO CONTRA JERUSALEN 3:22-7:27

El comienzo del ministerio, 3:22-27

De nuevo, "la mano de Jehová", y el Espíritu de Dios actúan conjuntamente sobre él, y la visión de la gloria vuelve a aparecer, como para dar solemnidad a la inauguración de su servicio. El comienzo es extraño: ha de volver a su casa y encerrarse en ella, aceptando la primera reacción de rechazo que los exiliados le mostrarán (que es lo que quiere decir "las ataduras": no son literales, sino metafóricas). La respuesta de Dios a la incredulidad del pueblo es la "mudez" del profeta, que sólo puede hablar como portavoz oficial del eterno, no en otro momento. Esto con el fin de que no se endurezca aun más el corazón rebelde del pueblo. Así, la mudez de Ezequiel constituye la primera señal gráfica por medio de la cual Dios "habla" (Nota: no era una mudez total o un impedimento físico; el profeta habla claramente en ciertas ocasiones, pero sólo cuando el Señor quiere; v.g. caps. 6 y 12; 14:4; 17:2 y ss.; 19:1; 20:3, etc.).

Ezequiel habla por señales, 4:1-7:27

El uso de acciones simbólicas por los profetas tenía una importancia especial en la antigüedad, puesto que se atribuía a ellas un poder casi mágico para llevar a cabo lo que se simbolizaba, v.g. I Sam. 15:27 y ss.; I Reyes 11:29 y ss.; 22:11; II Reyes 13:14-19, etc. Por eso, el pueblo reaccionó con tanto odio contra Jeremías cuando quebró el vaso (Jer. caps. 19-20). Esto no quiere decir que los profetas de Dios realmente creían que sus acciones encerraban ese poder; más bien tenían fuerza de ilustración cuando el pueblo no quería prestar oídos a sus mensajes verbales (v.g. Isa. 20:2 y ss., Jer. 19:1 y ss., 10 y ss.).

No debemos tomar todos los detalles de estas señales literalmente ya que no hubo tiempo suficiente entre la fecha del comienzo del ministerio (1:2) y la próxima visión en 8:1 (sólo unos 413 días en total). Más bien hemos de entender que algunos eran mensajes paralelos o coincidentes, dados cuando la gente iba a escucharle. La sección se divide en dos partes: 1) las señales mismas, representadas por el profeta mudo; 2) las explicaciones de ellas que el profeta da a su auditorio verbalmente.

Las señales acerca del sitio de Jerusalén, 4:1-5:4. Estas profecías fueron dadas unos cuatro años antes del asedio final de la ciudad, teniendo carácter de vaticinios. El telón de fondo de los juicios divinos anunciados lo hemos de buscar en las advertencias graves que Dios hizo a su pueblo en Levítico y Deuteronomio, de lo que les pasaría si abandonasen su pacto (véanse Lev. 26 y Deut. 28-32, especialmente). Hay indicios muy gráficos de la severidad del sitio, del hambre que pasarían los sitiados (cap. 4), y luego de la terrible suerte que les esperaría una vez conquistada la ciudad (cap. 5). Algunos morirían dentro de la ciudad, otros al tratar de escapar, y otros encontrarían la muerte en tierras lejanas, aunque habría un pequeño remanente que se salvaría.

a. La señal de la tableta de arcilla y la sartén de hierro, 4:1-3. Esta constituye una predicción clara del del sitio de Jerusalén del que ya no había escapatoria. La sartén quizá represente el firme propósito divino de acabar con la ciudad, sin ninguna demora o posibilidad más de misericordia.

b. La señal del profeta acostado e inmóvil, 4:4-8. Se han hecho muchos intentos de descifrar el simbolismo de los 430 días, sin que se puede decir que se haya encon

trado una explicación satisfactoria. Hasta algunos cambian el texto, basándose en la cifra de 190 días que aparece en la Septuginta, pero ¡parece ser que ésta se modificó precisamente porque no se encontraba solución a las cifras del hebreo! Cualquiera que sea la interpretación que se adopte, ha de tenerse en cuenta que las cifras son simbólicas (que no quiere decir que no sean literales, ya que evidentemente Ezequiel representa al pueblo, y cada día, un año, especialmente si hacemos coincidir los 40 días para Judá con los últimos 40 de los 390 para Israel. Es cuando se insiste que las dos cifras sean consecutivas que no pueden ser literales, por faltarle tiempo a Ezequiel según la cronología que nos da.

Pero ¿qué representan estos dos períodos de años? - ¿Cuándo comenzaron y cuándo terminaron? Esta es la cuestión y sobre este punto las opiniones y soluciones son tan variadas como las personas que han intentado darlas una explicación coherente. Teniendo en cuenta el punto de vista "sacerdotal" del profeta y la Ley de Moisés como telón de fondo, los días/años de castigo representados habáin debido comenzar con algún acto colectivo de apostasía o en los días de Salomón o Roboam (véase abajo), y terminar con la caída de Babilonia en 539. Hay quien intenta proyectar estos dos períodos hacia el futuro de Israel, a partir del exilio predicho, pero esta solución suscita después más problemas que son difíciles de reconciliar con los acontecimientos históricos del período intertestamentario. Creemos que el período o períodos representados han de terminar en la fecha mencionada porque es la única manera responsable de encajar la profecía de Jeremías de los setenta años en la cifra total, que según su propia explicación y la profetizada por Isaías había de poner fin al juicio anunciado. En vista de estas consideraciones, ofrecemos dos sugerencias como posibles alternativas, que a nuestro ver crean menos problemas que ninguna otra: 1) que los 430 años comprenden el período entre el reinado de Salomón, en 960 a.C. (aprox.) y la caída de Babilonia en 539; o 2) que el período es de 390 años sólo y comprende desde la división del reino en 920 a.C. (aprox.) y el fin de Babilonia.

En ningún caso pueden ser exactas las cifras por falta de datos suficientes y fidedignas, pero se puede calcular en cifras redondas. De estas dos sugerencias es la segunda la que más nos satisface, por la relación estrecha que se observa entre los acontecimientos del principio de los reinados de Jeroboam y Roboam, cuando el reino unido de David y Salomón se dividió (comp. I Reyes 12:26-33; 13:33-34; 14:21-28; II Crón. 12:1-12), y las denuncias que Dios hace a su pueblo por medio de Ezequiel. Con todo, no se explica la proporción mayor del castigo de Judá (430 años) sobre el de Israel (390 años), ya que la caída de Samaria se había producido 136 años antes de la de Jerusalén. Esta cifra sigue siendo un enigma para todos los expositores. Algunos creen que es una especie de "eco" de los 40 años en el desierto, pero el inconveniente de tal idea es que postula dos clases de simbolismo dentro de una misma serie de cifras, que no parece probable.

c. La señal del alimento escaso y contaminado, 4:9-17. Hay una figura doble aquí: una predicción del hambre que prevalecería en la ciudad sitiada, y de la necesidad que tendrían los pocos que lograrían huir de comer el "pan inmundo" de las naciones extranjeras (4:13).

d. La señal del rapado de cabeza y barba con una espada, y el reparto de los pelos, 5:1-4. Esta señal se lleva a cabo al final de las anteriores, cuando Ezequiel puede moverse con más libertad (5:2). Constituye otro símbolo más de una contaminación ritual y de duelo por un muerto, ya que en la Ley se prohibía a los israelitas (especialmente los sacerdotes) cortarse el pelo de la cabeza y la barba en señal de duelo (Lev. 19:27 y ss.; 21:5; Deut. 14:1), aun cuando era una costumbre que se practicaba universalmente (quizá por eso mismo), véanse Isa. 3:24; 22:12; Miq. 1:16; Jer. 16:6. El que Ezequiel quebranta la Ley simbólicamente, por orden divino, es una señal de duelo por una nación que ya no podía ser considerada santa por el Señor, sino contaminada, muerta, por su pecado tan horrendo (comp. Ezequiel 37 y comp. Efesios 2:1-3). Luego, ¡el uso de una espada en vez de una navaja corriente para el afeitado no dejaba

duda en las mentes de los espectadores acerca de su significado! El acto de pesar y repartir cuidadosamente el pelo después simbolizaba la exacta supervisión divina - del juicio (comp. Jer. 15:2 y Eze. 5:12; 6:12). La señal del fuego aplicado a algunos (v.4) subraya la enseñanza uniforme , tanto de Jeremías como de Ezequiel, de que "el foco de infección" de la nación era el remanente dejado en Jerusalén, no los exiliados; aun los pocos que escaparan llegarían a ser una maldición para todos sus compatriotas.

e. La explicación de la señal, 5:5-17. ¡He aquí una prueba clara de que la mudez de Ezequiel no era total, sino "oficial"! Fue mantenida en ciertos momentos "visuales", quizá cuando el pueblo se congregaba en el patio de su casa, que seguramente sería amplia, de acuerdo con su rango social. Basándose en la apostasía histórica de la nación, Dios justifica su juicio sumario que iba a caer sobre ella dentro de muy poco tiempo, tanto en la destrucción de Jerusalén como en la dispersión total, según lo ya profetizado en la Ley (Lev. 26:31-33; Deut. 29: 23-28; 32:23-24).

f. La profecía contra los montes de Israel, 6:1-14.

Aquí encontramos una profecía verbal ilustrada por una señal (v.11), al revés de las secciones anteriores. La relación entre todas estas señales y profecías está clara; y ésta es la justificación del juicio que va a caer. Había habido una idolatría generalizada que tuvo por escenario a los montes (los lugares altos) de la tierra prometida, que por culpa de sus moradores había llegado a ser una tierra contaminada, impura, en vez de santa.

Con el "palmoteo" de las manos (v.11), señal de regocijo, Ezequiel simbolizaba el elemento de gozo santo que ha de mostrar todo siervo de Dios cuando éste actúa en juicio y reivindica su santo Nombre. La "basura humana" acumulada durante siglos había de ser quitada de en medio, quemada en el fuego de la ira de Dios, a fin de que pudiera tener lugar luego la restauración anhelada, y cumplirse los propósitos de Dios. Este sentimiento de alegría santa no es incompatible, por supuesto, con el de

la tristeza causada por la ofensa hecha a la santidad divina y por los estragos que hace el pecado en la vida humana; los dos encuentran un equilibrio y una tensión constantes a través de toda la Escritura.

g. "El fin viene...", 7:1-27. En este oráculo la tierra está identificada con sus moradores; es el anuncio reiterado -nótese la repetición de los vv. 2,3,6,7,10,12, 25, 26- de una destrucción inminente y un lamento porque ya no hay posibilidad de evitarlo. La referencia a la vara (v.10) parece ser una alusión a la violencia de de los líderes del pueblo, que ha llegado a su colmo , está al descubierto, y, por lo tanto, maduro para el juicio. Se ve que, además, los líderes no estaban en condiciones de ejercer un liderazgo espiritual (v.26). Todo comercio normal había de cesar (vv.12-13) porque no habría gente en la tierra para dedicarse a compraventas, y las riquezas ya no servirían para nada (vv . 19-20). Sólo les esperaba el cautiverio (comp. v.23,"la cadena", que quizá hace alusión a una señal gráfica más que el profeta utilizaba para remachar su argumento). Hemos de notar el primer anuncio explícito de la destrucción del Templo (v.22), que seguramente dejaría pasmados a muchos que escuchaban, anticipándoles las revelaciones desgarradoras que habían de seguir en la sección siguiente (caps. 8 en adelante).

h. "Sabréis" ("sabrán") o "conoceréis" ("conocerán") - "que Yo soy Jehová". Esta frase ya apareció en 6:10,13, 14, pero se repite varias veces en este capítulo, vv.4, 9, 27. Como vimos en la Introducción, es quizá la frase más característica del libro; ocurre, con ligeras variantes, unas setenta veces. El conocimiento referido siempre se relaciona o con los juicios o con las misericordias del Eterno, aunque en *Ezequiel*, por predominar la nota de juicio en unos 34 capítulos de los 48 de que consta el libro, la mayoría de las veces se asocia con aquél. Pero hemos de notar que la frase no es igual al Nombre inefable de JEHOVA, el Dios del pacto, como en Exo. 3:14, sino más bien establece, según Ellison, la identidad del que actúa de la manera referida, con Jehová el Señor. La diferencia es importante. "YO

SOY EL QUE SOY" es una afirmación de la naturaleza inmutable de Aquel que no cambia, siempre fiel a sí mismo y a lo que El ha revelado de su Persona. Pero no debe entenderse nunca como algo estático, inamovible, como si se tratase de un Dios que habiéndose revelado una vez, ya no tiene más que decir. Los judíos lo habían interpretado así, hasta tal punto que llegaron a considerarle un Dios incondicional suyo, casi tribal, que forzosamente tenía que defenderles y estar por ellos sea cual fuese el comportamiento ético que llevaban. Hacía falta que comprendiesen lo que suponía el ser su pueblo; que El requería una santidad y una lealtad absoluta de todos ellos, sin las cuales actuaría en su contra "por amor a su Nombre". Por eso, habían de entender sin lugar a dudas que era este Dios suyo, El que creían ellos que les "pertenecía en exclusiva", quien les había de castigar por sus pecados. He aquí la fuerza de la expresión, "Y conoceréis que Yo soy Jehová".

El cristiano hará bien en recordar la misma lección. Es confortador recordar que "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (Heb. 13:8), pero precisamente por esto, como vemos en el contexto de los últimos capítulos de Hebreos, y lo veremos en los próximos de Ezequiel, los constantes de su carácter inmutable tienen que actuar en juicio primero contra su propio pueblo, si éste le es infiel.